

anteje : médico, abogado, artista, poco importa lo que sea, con tal que sea alguna cosa.

Á consecuencia de esto puso á su hijo en uno de los primeros colegios de París.

El padre vivió con los mil y quinientos francos que le quedaban..... pero no con los mil y quinientos..... con mil..... porque ya conocerás que los vestidos y algún dinero que daba á su hijo le costaban bien los quinientos francos.

— ¿ Me escuchas, Petrus ?

— Con la mayor atención, tío, aunque no comprendo adónde queréis ir á parar.

— Dentro de poco lo sabrás ; pero sigue con atención mi relato.

El conde sacó su tabaquera del bolsillo, y Petrus se dispuso á no perder una palabra de lo que su tío iba á decir, como no la había perdido de cuanto había dicho.

#### CAPÍTULO IV.

DONDE SE PRUEBA QUE HAY MÁS SEMEJANZA QUE LA QUE PARECE ENTRE LOS MERCADERES DE MÚSICA Y LOS MERCADERES DE CUADROS.

El conde Herbel aspiró voluptuosamente su polvo de rapé, hizo desaparecer hasta la más pequeña partícula del que había caído en su pechera y continuó :

— Puso pues á su hijo en uno de los primeros colegios de París ; y además de la educación dada en éste, le puso y costeó maestros de alemán, inglés, música, de modo que

el gasto anual en vez de subir á dos mil francos, subió á dos mil y quinientos.

El padre vivió con los quinientos restantes : ¿ qué le importaba el alimento físico siempre que su hijo recibiera en abundancia el alimento moral ?

El joven, bien que mal, pasó sus cursos : era bastante buen estudiante, y el padre aspiraba como recompensa de sus sacrificios todos los elogios que llegaban á él respecto al asiduo trabajo, á la buena conducta y á los progresos de su hijo.

Salió del colegio á los diez y ocho años, sabiendo un poco de griego, un poco de latín, un poco de alemán y un poco de inglés.

Observa bien que sólo sabía un poco, y que éste poco había costado á su padre quince mil francos ; por donde conocerás que un poco no es bastante.

En cambio, preciso es decirlo, había hecho grandes progresos en el piano, de modo que cuando su padre le preguntó qué quería ser, respondió resueltamente :

— Músico.

El padre no sabía muy bien qué era un músico. El artista representado por estas palabras se le aparecía dando conciertos al aire libre con un arpa, un violín ó una flauta.

Peró esto le importaba poco ; el hijo quería ser músico, y tenía derecho para elegir su carrera.

Preguntóle dónde quería continuar sus estudios musicales.

El muchacho contestó designando al primer pianista de la época.

Con gran trabajo el maestro consintió en darle tres lecciones por semana.

El precio convenido fué diez francos por lección.

Eran doce lecciones, es decir, ciento veinte francos por mes.

De mil cuatrocientos cuarenta francos por año, á dos mil quinientos, la diferencia no era tan grande que se pudiera disminuir algo sobre la pensión del desventurado niño.

Y además, ¿ qué podía hacer con mil ciento sesenta francos? Afortunadamente por aquel tiempo, el padre obtuvo un aumento de sueldo de seiscientos francos. Regocijóse en extremo: esto hacía mil setecientos sesenta francos de pensión para su hijo. El que hasta entonces había vivido con quinientos francos, podría seguir viviendo con lo mismo.

Sólo que le hacía falta un piano.

Pero no se podría aprender como no fuera con un piano de Erard.

El maestro de piano dijo dos palabras al célebre fabricante: un buen piano de cuatro mil francos fué reducido á dos mil quinientos, y se dieron dos años de término para pagarlo.

Se convino en que el discípulo entregaría cien francos al mes para pagar el piano.

Al cabo de dos años, el discípulo había adquirido cierta fuerza y agilidad, excepto para los vecinos, que injustos como son en general respecto á los progresos que ven ó escuchan desarrollarse, les parece que el estudiante es demasiado débil cuando á la primera vez no consigue vencer las dificultades con que una, y otra, y otra vez les regala los oídos diariamente.

Los vecinos de un pianista son siempre injustos.

Pero el joven no se inquietaba en manera alguna por esta injusticia.

Tocaba con encarnizamiento los estudios de Bertini y las variaciones sobre el *Robin des Bois* de Mozart, el *Freischütz* de Weber y la *Semirámide* de Rossini.

Y hubo más.

Á fuerza de tocar tuvo idea de poder componer algo. De allí á la ejecución no había más que un paso.

Este paso lo dió con bastante felicidad.

Pero ya se sabe que los mercaderes de música, como los libreros, todos tienen una sola y única respuesta, variable en la forma, invariable en el fondo, sobre la ambición de los novelistas ó de los compositores noveles.

— Daos á conocer y publicaré vuestras obras.

Es un círculo bastante vicioso en la apariencia, puesto que no puede uno ser conocido más que cuando su nombre ha sido impreso.

En fin, yo no sé cómo esto sucede; pero el caso es que los que tienen el diablo en el cuerpo, al fin y al cabo concluyen por ser conocidos.

Pero no: si sé cómo se hace esto.

Esto se hace como hizo nuestro joven.

Economizó mucho y en todo, hasta en su alimento, y acabó por reunir doscientos francos, con los que hizo imprimir unas variaciones que había escrito sobre el tema *Di tanti palpiti*.

Los días de su padre se acercaban.

Las variaciones fueron impresas para aquella fiesta.

El padre tuvo la satisfacción de ver escritas en letras gordas sobre puntos negros, que le parecían tanto más respetables cuanto que no los comprendía, el nombre de su hijo.

Pero después de comer, el hijo colocó la música en el aril del piano, y con ayuda de éste se proporcionó un espléndido éxito entre la familia.

La casualidad en aquella época se decía la Providencia: la casualidad hizo que las variaciones fueran regulares y obtuvieran por consiguiente cierto éxito en provincias.

El joven, que sólo había usado en ellas de las dificultades que podía vencer por sí mismo, y había hecho figurar en ellas un número de sostenidos, bemoles y becuadros, que á la vista de los inexpertos producían un majestuoso espectáculo, vió caer sobre ellas á los ejecutores de segunda fuerza, y la edición se agotó rápidamente.

Por desgracia sólo el editor podía juzgar del éxito, y como el orgullo es un pecado mortal, y él no quería comprometer un alma tan cándida como la del cliente que le había confiado sus intereses, había hecho ya su tercera edición, y aun continuaba diciéndole que le quedaban almacenados mil ejemplares de la primera.

Sin embargo, consintió en imprimirle un segundo estudio á su costa y riesgo.

Se dió la tercera parte con participación en los beneficios.

Entiéndase que nunca se verificó la tal participación.

Pero, en fin, el objeto se conseguía en parte; produciase efecto, y el nombre de nuestro joven comenzaba á circular en los salones.

Propusieronle que diera lecciones.

Corrió á casa de su editor y le consultó.

Le parecía que pidiendo tres francos por lección pedía una cantidad exorbitante.

Pero el editor le hizo comprender que la gente que da tres francos puede dar diez, que todo dependía del principio, y que era hombre al agua si se estimaba en menos de diez francos por hora.

— ¡ Pero, tío ! dijo Petrus que había escuchado con has-

tante atención, y al cual le había llamado la atención cierta semejanza: ¿ sabéis que esa historia tiene bastantes puntos de contacto con la mía ?

— ¿ Encuentras semejanza ? dijo el conde con cierta sonrisa maliciosa; espera, y juzgarás mejor.

Y continuó:

— Un día su editor le propuso dar un concierto.

El joven miró al audaz mercader de música casi con espanto.

Sin embargo, dar un concierto era el objeto de sus más ardientes votos.

Pero había oído decir que los gastos de un concierto así ascendían á mil francos por lo menos.

¿ Cómo atreverse á semejante especulación ?

Si el concierto faltaba estaba arruinado.

Pero no sólo él, sino también su padre.

En esta época, todavía nuestro joven temía arruinar á su padre.

Petrus miró al general.

— ¡ Tonto ! continuó éste, ¿ no es verdad ?

Petrus bajó los ojos.

— Hé aquí que me has interrumpido y que ya no recuerdo en dónde estábamos, continuó el general.

— Estábamos en el concierto, tío; el joven músico temía que no produjera lo bastante para cubrir los gastos.

— ¡ Ah ! es verdad.

El editor de música ofreció generosamente encargarse de todo, á su cuenta y riesgo siempre. La entrada que su música le proporcionaba en ciertas casas de París le hacía esperar colocaría un regular número de billetes

Colocó mil á cinco francos...

Dió generosamente quince al héroe de la fiesta.

Esto era para su familia y sus amigos.

No hay que decir que el bueno del padre fué colocado en la primera fila.

Esto fué sin duda lo que exaltó á nuestro debutante, pues hizo maravillas.

El éxito fué inmenso.

El editor tuvo mil doscientos cincuenta francos de gasto y sacó seis mil.

— Me parece, dijo tímidamente nuestro joven al mercader de música, que había alguna gente en el concierto.

— ¡ Convite todo ! respondió el editor.

— Bueno, dijo Petrus riendo, parece que pasaba con la música lo que con la pintura. ¿ Recordáis mi triunfo en la exposición de 1824, tío ?

— ¡ Pardiez !

— Pues bien, un bribón de comerciante en cuadros me compró mi obra en doscientas libras y la vendió en seis mil francos.

— Pero al fin cogiste doscientos francos.

— Eran algunos luises de menos que no había gastado en lienzo y modelos para mi cuadro.

— Pues bien, dijo el conde con acento cada vez más zumbón ; nueva semejanza, mi querido Petrus, entre ti y nuestro pobre músico.

Y el general, como si estuviera encantado con aquella nueva interrupción, sacó del chaleco su tabaquera, tomó un polvo con la punta de sus aristocráticos dedos, y lo aspiró, dejando escapar un ¡ ah ! voluptuoso.

## CAPÍTULO V.

EN EL QUE SE VE EN EL MOMENTO EN QUE MENOS SE ESPERABA APARECER UN NUEVO PERSONAJE.

— Desde este momento, continuó el conde reanudando la interrumpida conversación, nuestro joven estaba lanzado.

El editor de música bien hubiera querido continuar la mencionada explotación ; pero lo que nuestro joven no veía se lo hicieron ver sus amigos, y fuera la que fuera su modestia, se vió obligado á comprender que podía volar con sus propias alas.

Y en efecto, desde aquel instante estudió para el piano lecciones, conciertos ; todo marchó á las mil maravillas, y el joven llegó á los veinticuatro años á ganar sus seis mil francos anuales, es decir, el doble de lo que su padre ganaba á los cincuenta.

Al pronto, el primer pensamiento que le ocurrió al joven, porque tenía buen corazón, fué el devolver á su padre lo que su padre había gastado por él.

Había vivido largo tiempo con mil setecientos francos por año ; podía pues vivir grandemente con tres mil.

Su padre, que se había privado de todo por él, no carecería entonces de nada.

Después como las ganancias doblarían, vendría un libreto, haría la música, y sería representado en la Ópera Cómica, como las de Herold, ó en la gran Ópera, como las de Auber : ganaría veinte, treinta, cuarenta mil francos

por año; y como la comodidad iba á suceder á la miseria, sucedería después el lujo á la comodidad.

— ¿Qué dices de este plan, Petrus?

— Pero... dijo el joven con embarazo, porque veía que la situación del músico se iba pareciendo cada vez más á la suya: lo encuentro todo eso muy natural.

— ¿De veras?

— Cierto.

— ¿Así como lo dices?

— Como lo digo.

— ¿Y hubieses tú hecho en lugar del músico, lo que éste había proyectado hacer?

— ¡Tío! hubiera tratado de ser siempre agradecido á lo que por mí hubiera hecho mi padre.

— ¡Sueño!... hermoso sueño, pero nada más que sueño es el reconocimiento de los hijos.

— ¡Tío!

— ¡Sóbrino!

Petrus calló.

— No creo en él, por mi parte, continuó el general, y la prueba es que no me he casado.

Petrus nada contestó.

El general fijó en él una mirada profunda.

Después de un momento de silencio continuó:

— Pues bien, ese sueño... dijo.

— ¿Qué? preguntó Petrus.

— Una mujer ha hecho que se desvanezca.

— ¡Una mujer! murmuró Petrus.

— Una mujer, replicó su tío.

— ¡Una mujer! volvió Petrus á murmurar en voz más baja.

— Sí, Dios mío, sí, continuó el general.

Nuestro músico encontró en el mundo una hermosa dama, muy rica y que gastaba un gran tren.

Petrus miró á su tío con curiosidad.

— Era una persona bellísima é inteligente y aun artista ella misma, en cuanto le es permitido serlo á una dama del gran tono. El joven puso, como suele decirse en términos vulgares, su amor á sus pies. Ella se dignó recoger este amor, y desde este momento todo concluyó.

Petrus levantó vivamente la cabeza.

— Sí, continuó el general, todo concluyó. Nuestro músico descuidó sus lecciones; ¿cómo continuar dando lecciones á seis francos, cuando había sido distinguido por una marquesa, una condesa, una princesa, ó qué sé yo? Descuidó los estudios, los temas, las variaciones para el piano, y no se atrevió á dar más conciertos. Había hablado de un *libretto*, de un estreno en la Ópera; esperó el *libretto* y el *libretto* no vino. Los editores le dieron largas: contrajo compromisos con ellos á condición de que le adelantarian fondos.

Sabían que era honrado, fiel completamente á su palabra, é hicieron cuanto quiso. Contrajo deudas.

¿No era preciso ponerse bajo el pie que corresponde al amante de una gran señora? ¿Tener caballos, cupé, criados con librea y alfombras hasta en la escalera? Ella, naturalmente, nada sabía, ni nada podía llamarla la atención. Tenía doscientos mil francos de renta, y lo que para el músico era un tren, un lujo ruinoso, para ella era una medianía.

¿Un cupé y dos caballos? Ni aun siquiera observó que su amante tenía un cupé y dos caballos. ¿Qué hombre es el que no tiene un cupé y dos caballos!

Entretanto él agotaba todos sus recursos, y al verlos

agotados recurría á su padre. No sé cómo el padre se compuso para ayudarle.

No le dió ciertamente dinero porque no lo tenía, pero probablemente le habrá dado su firma. La firma de un hombre honrado, que no tiene un cuarto de deudas, se descuenta, con pérdida tal vez, pero se descuenta.

Sólo que en el día del vencimiento, el padre, á pesar de su buena voluntad, no podrá pagar, de modo que un día al volver del bosque, un criado con librea presentará á nuestro joven, sobre una bandeja de plata, una carta en que se le anuncie que su padre está en la calle de la Llave, y cuando se ya á vivir allí, ya sabes, Petrus, que tiene habitación por cinco años.

— ¡ Tío ! ¡ tío !... exclamó Petrus.

— ¿ Y bien ? preguntó el general.

— ¡ Oh ! ¡ piedad ! os lo suplico.

— ¡ Hola, piedad !... ¿ Comprendes ya que es tu historia ó poco menos, lo que te estoy refiriendo ?

— ¡ Tío, tenéis razón ! soy un loco, un orgulloso, un insensato !

— ¿ No eres nada peor que eso, Petrus ? dijo el conde con cierta severidad mezclada sin embargo con alguna tristeza. Porque tu padre ha poseído en otro tiempo, á costa de su sangre, una fortuna que te hubiera permitido vivir como un hidalgo : si esa vida, en una época en que el trabajo es un deber para todo ciudadano ; si esa vida de hidalgo no fuera sinónimo de ociosidad, y por consiguiente de vergüenza, porque tu padre que había sido durante treinta años mecido en el rudo lecho del océano, te ha mecido á tí en dorada cuna, ¿ te has imaginado, que habiendo vuelto la tempestad á recoger la presa, que esa tempestad se había dejado arrebatar ; te has imaginado que

aun era como en los días de tu infancia, cuando jugabas con las guineas inglesas y las onzas españolas, y has pensado que no había en tí cierta cobardía, no sólo al pedir, sino al aceptar de un anciano, y esto para satisfacer una loca vanidad, lo que la caridad del azar, ó de la casualidad le ha dejado ?

— ¡ Tío, tío !... por compasión, no hablemos más de esto, dijo Petrus.

— Bien, no hablemos, porque te he visto avergonzarte de tu propia falta, al referirte la supuesta en otro. No hablemos más, porque espero que si aun es tiempo de salvarte, la vista del abismo á que corrias, y adonde arrastrabas contigo á tu padre, te hará retroceder.

— ¡ Tío ! dijo Petrus al general ; prometo...

— ¡ Oh ! dijo el general, no devuelvo tan fácilmente la mano que una vez he retirado. ¿ Prometes ? Está bien, pero sólo cuando vengas á decirme : ¡ Cumplido ! sólo entonces te diré : Bravo, muchacho, eres en verdad un hombre honrado.

Y el general, para hacer un poco menos duro su reproche, ocupó ambas manos, una con su tabaquera y la otra con el polvo que iba á aspirar.

Petrus, avergonzado y confuso, dejó caer inerte la mano que había alargado al general.

En este momento se oyó un gran ruido en la escalera y á la vez rumor de pasos y voces.

Las voces decían :

— Digoos que las órdenes que he recibido son terminantes.

— ¿ Y qué órdenes son las que has recibido, bribón ?

— De no dejar subir á nadie sino después de haber pasado su tarjeta.

- ¿Á quién?  
 — ¿Á quién ha de ser? al amo.  
 — ¿Y quién es el amo?  
 — El señor barón.  
 — ¿Y á quién llamas tú señor barón?  
 — Al señor barón de Courtenay.  
 — ¿Y acaso vengo yo á casa del barón de Courtenay?  
 — ¿Pues á casa de quién venís?  
 — Vengo á casa de Mr. Pedro Herbel.  
 — Entonces no subireis.  
 — ¿No?  
 — No.  
 — ¿Me impides el paso? Espera.

Sin duda el que era invitado á esperar no esperó largo tiempo, porque el tío y el sobrino oyeron casi inmediatamente un ruido bastante extraño, y que se parecía al de un cuerpo pesado que cae del piso principal al piso bajo.

— ¿Qué diablos pasa en tu escalera, Petrus? preguntó el general.

— Lo ignoro, tío; pero por lo que he oído como vos, creo que mi criado disputa con alguien.

— Sí, será probablemente que habrá juzgado á propósito el elegir el momento preciso en que estaba en tu casa.

— ¡Tío! dijo Petrus.

— Vamos á verlo.

Petrus dió algunos pasos hacia la puerta; pero antes que llegara á ella se abrió violentamente y dió paso á un hombre que entró en el taller con la furia de una homba.

— ¡Padre mío! exclamó Petrus arrojándose en brazos de aquel hombre.

— ¡Hijo mío! dijo el viejo marino recibéndole en sus brazos.

— Es en efecto el pirata de mi hermano, dijo el general.

— ¡Calla! ¿tú también? exclamó el viejo marino. ¡Ah! á fe mía que ese picaro hacía dos veces mal al cerrarme la puerta de tu casa, Petrus.

— ¿Presumo que hablas del ayuda de cámara de mi señor sobrino?

— Hablo de ese tunante que me quería impedir el que subiera.

— Sí, y que me parece que tú has hecho bajar y más que de prisa.

— Temo... Mira, Petrus.

— ¿Qué? padre mío.

— Debes ir á ver si ese imbécil se ha roto alguna cosa.

— ¡Voy corriendo, padre mío! dijo Petrus bajando rápidamente la escalera.

— Y bien, viejo lobo marino, en nada has cambiado, dijo el general, y te veo tan rabioso como cuando me separé de ti.

— Y apuesto cualquier cosa á que no cambiaré, Dios mediante, dijo Pedro Herbel; soy ya muy viejo.

— ¡Ah! me dices que eres viejo, señor hermano, y al decirme esto no tienes en cuenta que tengo tres años más que tú, dijo el general.

En este momento Petrus entró diciendo que su criado no se había roto nada; solamente tenía un pie algo torcido.

— Vamos, dijo el viejo marino, en ese caso no es tan bruto como yo me le imaginaba.

## CAPÍTULO VI.

## UN CORSARIO.

El nombre del hermano del general Herbel, del padre de Petrus, ya más de una vez ha sido mentado en nuestra relación; pero es tan grande el número de nuestros personajes y los hechos son tan numerosos y tan enlazados unos con otros, que para más claridad preferimos, en lugar de presentar, según las reglas dramáticas, nuestros personajes en las primeras escenas, pintar ó retratar el físico y moral de estos personajes en el momento en que aparecen, á fin de no complicar la intriga, y en el que toman una parte activa en la acción.

Como se ve, el padre de Petrus acaba de forzar la puerta del taller de su hijo y hacer su aparición en nuestro libro.

Este recién venido va á jugar y ha jugado ya en la existencia de su hijo un papel bastante importante, para que, por interés de las escenas que van á seguir, no nos veamos obligados á decir algunas palabras sobre sus antecedentes, que tan amargamente le reprochaba su hermano.

Tranquíllicense nuestros lectores, no es una nueva novela la que enpezamos, y seremos tan breves como nos sea posible.

Cristián Pedro Herbel, vizconde de Courtenay, hermano menor del general, había nacido como éste en la patria de Duguay-Trouin y de Surcouf.

Había nacido en 1770, en Saint-Malo, nido de todas esas águilas de mar que se designan bajo el nombre genérico de corsarios, y que ha sido, si no el espanto, el azote al menos de los ingleses durante seis siglos, es decir, desde Felipe Augusto hasta la Restauración.

Ignoro si existe una historia de Saint-Malo; pero sé que ninguna ciudad marítima podría vanagloriarse con mejor derecho que ella de haber dado al mundo más leales hijos, de haber dado á la Francia más intrépidos marinos.

Entre Duguay-Trouin y Surcouf podemos colocar á Cristián el corsario, ó si queremos, en lugar de su nombre de guerra le daremos su nombre de familia, Pedro Herbel, vizconde de Courtenay.

Para darle á conocer bastará iluminar con un rayo de luz algunos de los primeros días de su juventud.

Desde 1786, es decir, desde la edad de diez y seis años apenas, Pedro Herbel formaba parte de la tripulación de un buque corsario, en el que, dos años antes, se había enganchado como voluntario.

Después de haber capturado seis navios ingleses en una sola campaña, este corsario armado en Saint-Malo fué capturado á su vez.

El navio capturado fué conducido á la rada de Portsmouth, y la tripulación repartida entre los pontones.

El joven Herbel con cinco compañeros fué destinado al pontón *Rey Jorge*.

Allí permaneció un año, siempre con sus cinco compañeros. Habíase practicado en el entrepuente una especie de calabozo infestado que servía de prisión á los seis prisioneros.

Este calabozo estaba ventilado é iluminado por una tronera de un pie de largo por seis pulgadas de ancho.

Por esta abertura era por donde los infelices presos podían ver el cielo.

Una tarde Pedro Herbel dijo á sus compañeros bajando la voz:

— ¿ No os fastidiáis aquí ?

— Nos fastidiamos espantosamente, respondió un parisiense que de cuando en cuando solía alegrar algo á aquellos infelices.

— ¿ Qué arriesgaríais por salir de este calabozo ? continuó el joven.

— Un brazo, dijo uno.

— Una pierna, dijo otro.

— Yo un ojo, contestó un tercero.

— Yo los dos brazos, contestó un cuarto.

— ¿ Y tú, parisiense ?

— La cabeza.

— Sea en hora buena ; tú no regateas ; tú eres mi hombre.

— ¿ Cómo que soy tu hombre ?

— Sí.

— ¿ Qué quieres decir con eso ?

— Quiero decir que me escapo esta noche, y que como te atreves á arriesgar lo que yo voy arriesgar también, nos escaparemos juntos.

— Vaya, veamos, y fuera chanzas, dijo el parisiense.

— Explicate, dijeron los otros.

— Lo haré y pronto. He bebido bastante agua caliente de esa que llaman aquí té : he comido bastante de esa vaca rabiosa que ellos llaman buey ; he respirado bastante esa bruma que ellos llaman aire ; he visto bastante tiempo esa luna á quien llaman sol, y ese queso fresco que llaman luna, y me largo.

— ¿ Cómo que te largas ?

— Que me largo.

— ¿ Y cómo ?

— No necesitáis saberlo, puesto que sólo el parisiense viene conmigo.

— ¿ Y por qué sólo el parisiense va contigo ?

— Porque no quiero gentes que regatean cuando se trata de la Francia.

— Pardiez, nosotros no regateamos.

— Entonces es otra cosa : ¿ estáis decididos si es preciso á perder la vida en la empresa que vamos á acometer ?

— ¿ Tenemos alguna probabilidad en favor nuestro ?

— Sólo una.

— ¿ Y en contra ?

— Nueve.

— Adelante entonces.

— En este caso todo marcha bien.

— ¿ Qué hay que hacer ?

— Nada.

— Sin embargo.

— Sólo tenéis que mirarme y callar.

— No es difícil, dijo el parisiense.

— No tanto como crees, dijo Herbel ; entretanto, silencio.

Herbel desató entonces su corbata é hizo señal á sus compañeros para que le imitasen.

Todos hicieron otro tanto á su vez.

— ¿ Bueno ! dijo Herbel.

Y tomando las corbatas unas tras otras, las fué atando.

Cuando ya estuvieron anudadas, pasó el extremo por la tronera y lo dejó colgar hacia el mar como si fuera una plomada.

Después lo retiró.

La punta no estaba mojada.

— ¡ Diablos ! dijo, ¿ á quién de vosotros le estorba la camisa ?

Uno de los prisioneros se quitó la suya y desgarró una tira.

Herbel ató ésta á la cuerda hecha con las corbatas, puso en uno de los extremos una piedra para reemplazar el plomo de la sonda, y repitió la misma operación que anteriormente.

La extremidad volvió á subir mojada.

Era ya bastante larga para llegar á la mar.

— Todo va bien, dijo.

Y volvió á tirar la cuerda.

La noche estaba oscura y era imposible que se viese en la oscuridad aquella cuerda que colgaba en uno de los costados del pontón.

Los otros le miraban obrar con inquietud y querían preguntarle.

Pero él contestaba con un movimiento de cabeza que quería decir :

— Silencio.

Transcurrió como una hora.

Oyóse el reloj de Portsmouth que daba las doce.

Los prisioneros contaron las campanadas con ansiedad.

— ¡ Las doce ! dijo el parisiense.

— ¡ Medianoche ! dijeron los demás.

— Es tarde, ¿ no es verdad ? preguntó una voz.

— No se ha perdido tiempo alguno, respondió Herbel ; silencio.

Y todo volvió á su anterior inmovilidad.

Al cabo de algunos minutos su rostro se desanubló.

— Ya agarra, dijo.

— ¡ Bueno ! dijo el parisiense, vuelve la mano.

Herbel agitó suavemente la cuerda como si fuera un tirador de campanilla.

— ¿ Agarra ? preguntó de nuevo el parisiense.

— Ya agarró, dijo Herbel.

Y fué tirando suavemente de la cuerda, en tanto que sus compañeros se levantaban sobre la punta de los pies para ver lo que aquello era.

Al extremo de la cuerda colgaba una pequeña hoja de acero, fina como el muelle de un reloj y aguda como un bisturí.

— No conozco ese pescado, dijo el parisiense ; ¿ se llama una sierra ?

— Y sabes con qué salsa se guisa, ¿ no es verdad ? respondió Herbel.

— Perfectamente.

— Entonces vamos á aderezarla.

Desató Herbel la lima, y cinco minutos después el instrumento mordía sin producir ruido alguno en la carena del *Rey Jorge*, prolongando la tronera de modo que pudiera un hombre pasar por ella.

Entretanto, el parisiense, cuya imaginación viva y penetrante anudaba uno á otros tan fácilmente los hilos de una acción, como Herbel las dos puntas de dos corbatas, el parisiense contaba en voz muy baja á las otros cómo Pedro Herbel se había procurado el instrumento que tal prisa se daba á manejar.

Tres días antes se habja practicado una amputación á bordo del *Rey Jorge* por un cirujano francés establecido en Portsmouth.

Pedro Herbel y el cirujano habían cambiado algunas palabras.

Sin duda Pedro Herbel había pedido á su compatriota que le proporcionase una sierra: el cirujano se lo había prometido y había cumplido su palabra.

Cuando el parisiense concluyó sus suposiciones, Pedro Herbel indicó con un movimiento de cabeza que todas ellas eran ciertas.

Uno de los lados de la tronera estaba serrado.

Faltaba el otro.

El reloj dió la una

— Bueno, dijo Herbel, nos quedan aún cinco horas de noche.

Y se puso de nuevo á trabajar con un afán de buen augurio para el éxito de la empresa.

## CAPÍTULO VII.

### UNA EVASIÓN.

Al cabo de una hora el trabajo estaba concluido y el pedazo de madera aserrado se mantenía unido imperceptiblemente á la carena.

El menor esfuerzo bastaba para separarlo.

Cuando llegó á este resultado, Pedro Herbel se detuvo.

— ¡ Atención! dijo, que cada, cual haga un lío de su pantalón y de su camisa y lo coloque á la espalda sujeto por los tirantes como hace la infantería con sus mochilas. En cuanto al vestido, en atención al color y á la marca que tiene, nos privaremos de él.

Los vestidos de los prisioneros eran amarillos y estaban señalados con una T y una O.

Obedecieronle en silencio.

— Ahora, continuó, aquí hay seis bastones de diferentes tamaños, al que le toque el más largo, será el primero que se tire al agua y así los demás.

Echaron suertes y tocó á Pedro Herbel tirarse el primero y al parisiense el último.

— Estamos dispuestos, dijeron los seis marineros.

— Primero un juramento.

— ¿Cuál?

— Es posible que algún centinela haga fuego contra nosotros.

— Es más que probable, contestó el parisiense.

— Si no tocan á nadie, mejor, pero si alguno es tocado...

— Tanto peor para el que lo sea, dijo el parisiense; mi padre, que era cocinero, decía que no se hacían tortillas sin romper huevos.

— No basta sin embargo; vamos á dar nuestra palabra de que el que sea herido no lanzará un grito, se separará en el instante de sus camaradas, nadará á derecha ó izquierda, y cuando sea cogido dará señas falsas.

— ¡ Á fe de franceses! respondieron los prisioneros extendiendo la mano.

— ¡ Entonces! ¡ que Dios nos guarde!

Pedro Herbel hizo un esfuerzo, atrajo hacia sí el pedazo de madera serrado y descubrió una abertura á través de la cual podía pasar cómodamente el cuerpo de un hombre.

Después, con ayuda de la sierra trazó dos grandes ranuras verticalmente á tres pulgadas una de otra, hizo una especie de mortaja en la cual enterró y afirmó la extremidad